

á saltar ágilmente alrededor de su pesado rival, sacudiendo con habilidad su red, y ora bajando, ora levantando su tridente, le cantaba los mordaces versos de los reciaros:

*Non te peto, pisces peto;
Quid me fugis, Galle? (1)*

Pero el galo no trataba de huir, ni mucho menos, sino que inmóvil, á duras penas se volvía para no perder de vista á su adversario. Por su postura podía comprenderse que algo estaba maquinando, y los espectadores adivinaron en seguida que aquella figura pesada, acorazada, no esperaba más que una ocasión para decidir la lucha en un solo instante. El reciaro dió un salto hacia él, retrocediendo en seguida y manejando el tridente con tal rapidez, que la vista apenas podía seguirle. Se oía repercutir su sonido sobre el escudo, pero el galo no movía las cejas, dando pruebas de su asombrosa fuerza de resistencia. Toda su atención no se dirigía ya al tridente, sino á la red que se agitaba sobre su cabeza como un pájaro de mal augurio. Los espectadores seguían, conteniendo la respiración, todas las fases de la lucha.

El galo persistió aún un poco en la defensa, pero de pronto se lanzó con imprevisible decisión sobre su adversario. Éste, no menos ligero, paró el golpe, levantó el brazo y tiró la red.

El galo se volvió, rápido como un rayo, paró la red con el escudo y ambos se detuvieron un momento. Los espectadores gritaron: «¡Adelante!»

Se cruzaron nuevas apuestas. César, que hasta entonces se había distraído conversando con Rubria y prestando poca atención á la lucha, se entregó á ella con ansia y curiosidad.

Y los gladiadores reanudaron la lucha con tanta regularidad, que más parecía un simulacro que cuestión de vida ó muerte. Dos veces logró el galo esquivar la red, retirándose hacia los muros del Anfiteatro. Los que habían apostado á su favor gritaron: «¡Encima!» Obediente, atacó al enemigo. En menos de lo que se dice, el brazo del reciaro quedó cubierto de sangre y la red se le cayó de las manos. El galo creyó que el golpe había sido mortal. Calendio, con una ligereza admirable, saltó á un lado, y escapando al golpe, atravesó el arma entre las rodillas del rival para hacerle caer.

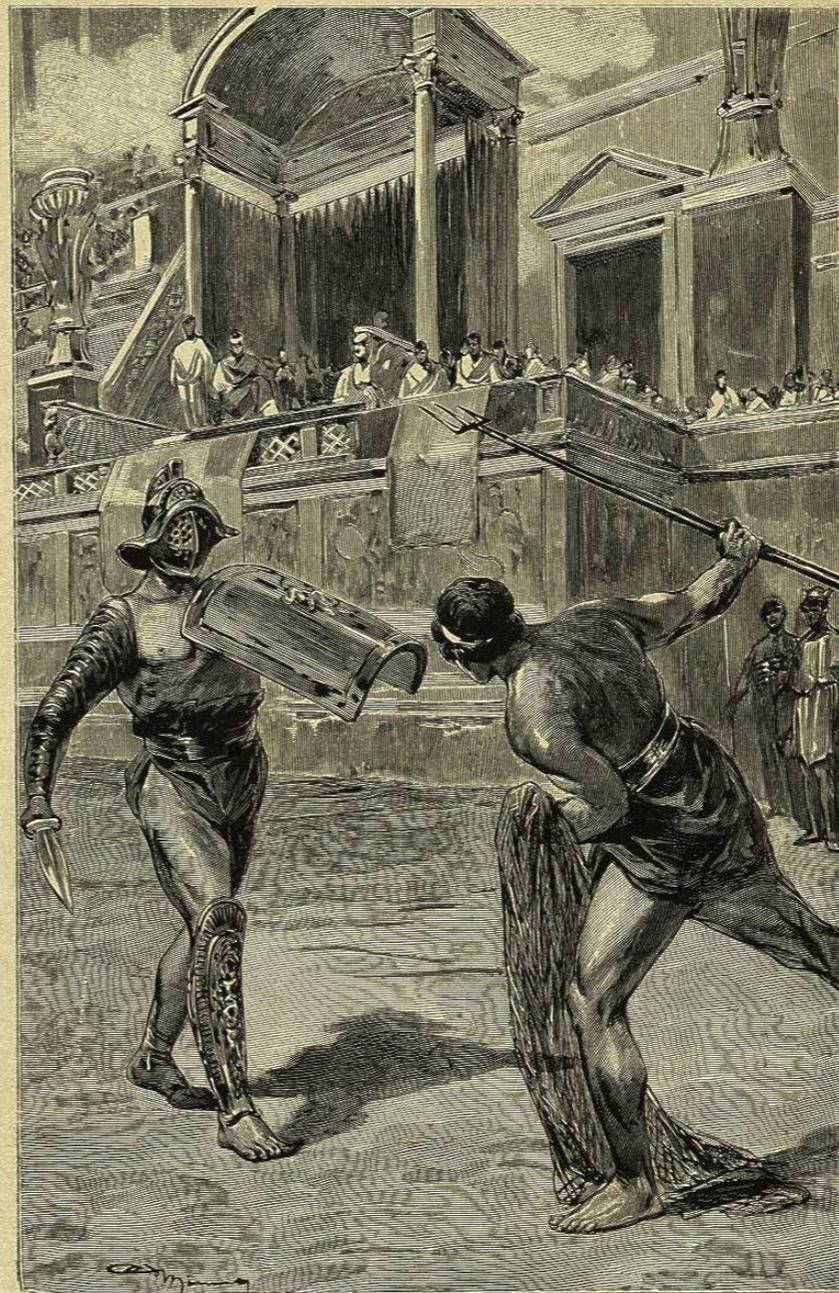
El galo intentó por segunda vez saltar encima, pero se encontró preso en la red, de la cual no podía desasirse porque el tridente de Calendio le impedía todo movimiento. Haciendo un supremo esfuerzo, el galo intentó levantarse apoyándose en un brazo. ¡Todo inútil! La espada se le cayó de la mano y se desplomó de espaldas contra el suelo. El reciaro puso el tridente en la garganta del vencido y volvió la vista hacia el palco en que se hallaba César.

El Circo parecía derrumbarse por el estrépito que producían los aplausos.

Para los que habían apostado en su favor, Calendio era en aquellos momentos más grande que Nerón; y tal vez por esto sentían alguna piedad por el galo que les llenaba la bolsa á costa de su sangre. Los votos fueron contrarios; las filas superiores, en parte pedían la muerte, en parte la gracia. Pero el reciaro no esperaba más que una seña de César y de las vestales.

Desgraciadamente para el gladiador caído, Nerón no sentía simpatías por él, recordando que en otra ocasión había perdido fuertes sumas apostando contra él. Por este motivo, extendiendo fuera del palco la mano, bajó el dedo pulgar.

(1) «No te quiero á ti, quiero el pez. ¿Por qué huyes de mí, galo?»



El reciaro se puso á saltar ágilmente alrededor de su pesado rival

Las vestales se apresuraron á imitarle. Calendio entonces puso una rodilla sobre el pecho del adversario, y sacando un puñal de la cintura, después de haber arrancado la coraza al caído, le hundió el arma en la garganta.

— *Peractum est!*, se oyó exclamar en todas partes.

El galo se contrajo como un búfalo herido, revolvió la arena con las uñas, y en seguida se tendió rígidamente y murió.

Mercurio no creyó necesario comprobar su muerte con un hierro candente. Fué sacado de la arena y se presentaron otras parejas. Por último lucharon escuadras enteras con otras. Los espectadores no perdían ni un detalle. Se oían gritos, aullidos, silbidos y palabras alentando á los luchadores. Éstos, divididos en dos legiones, se batían como animales furiosos, pecho contra pecho, los cuerpos enlazados; se oía el crujido de huesos, por los pechos desgarrados y por los intestinos asomaban las puntas de las espadas, y de los labios pálidos caían torrentes de sangre que teñían la arena. Hacia el fin de la lucha algunos novicios empezaron á huir, pero en seguida las fustas de los azuzadores les empujaban á sus puestos. Todo el suelo estaba tinto en sangre; uno tras otro caían rodando los hermosos cuerpos desnudos; los muertos yacían esparcidos alrededor á manera de gavillas. Los que aún permanecían en pie luchando pisoteaban á los muertos y heridos graves y caían á veces, hiriéndose los pies con las armas rotas y abandonadas. El entusiasmo del público había llegado al colmo.

Casi todos los vencidos habían muerto. Sólo algunos heridos, de rodillas en medio de la arena, extendían los brazos implorando piedad. A los vencedores se les ofrecía dinero y guirnaldas. Siguió un descanso, dispuesto por orden de César, para que los espectadores restauraran sus fuerzas. En los vasos se quemaron perfumes, se arrojó sobre la muchedumbre una lluvia de azafrán y de violetas. Se sirvieron bebidas refrigerantes, carne asada, dulces, vino, aceitunas y fruta. Se comía, se charlaba, se voceaba en honor de César para inducirle siempre á mayor liberalidad. Cuando quedaron satisfechos el apetito y la sed, centenares de esclavos recorrieron las gradas con cestas llenas de regalos; muchachos vestidos de Cupido sacaban de ellas los más variados objetos, que luego lanzaban á manos llenas en medio del público. Cuando se repartieron billetes de lotería, empezó una verdadera batalla. Chocaban unos contra otros, se pisoteaban; se pedía auxilio, se saltaba de una fila á otra, atropellándose mutuamente en aquel espantoso tumulto. Los premios del sorteo consistían en una casa con jardín, un esclavo, un traje magnífico ó un animal feroz que podía venderse en seguida al Anfiteatro. La excitación llegó á tal punto que hubieron de intervenir los pretorianos. Semejantes distribuciones tenían siempre como consecuencia inevitable piernas y brazos rotos y buen número de muertos y heridos. Los ricos no tomaban parte en las luchas por los billetes. Los augustinos se divertían observando á Quilón y sus esfuerzos inútiles por aparentar calma y mostrar indiferencia ante aquel derramamiento de sangre.

Pero en vano se mordía el pobre griego los labios para contenerse, en vano se apretaba los puños hasta sentir dolor; su naturaleza griega y su innata pusilanimidad no podían soportar aquel espectáculo. El desgraciado estaba pálido, frío sudor bañaba su frente, se le habían amoratado los labios, los dientes le castañeaban, le temblaba todo el cuerpo. Después del combate reaccionó un poco; pero viendo que empezaban á satirizarle, se irritó y se dispuso á defenderse desesperadamente.

— ¡Ah, griego mío! ¡La vista de una piel humana despedazada es superior á tus fuerzas!, le dijo Vatinio tirándole de la barba.

Quilón le enseñó sus dos últimos dientes, amarillos, y respondió:

— Mi padre no era un remendón de pieles; así, pues, yo no puedo remendar las que veo.

— ¡Bien, muy bien dicho!, exclamaron algunos.

Otros insistieron en las burlas.

— ¿Y qué va á hacer el pobre si en lugar de corazón tiene entre las costillas un pedazo de queso?, dijo Seneción.

— ¿Y qué culpa tienes tú si en vez de cabeza tienes una botella?, le contestó Quilón.

— ¿Quién sabe si con el tiempo te harás gladiador por afición? ¡Sería bonito verte en la arena con una red!

— Si te cogiese en ella, al menos podría decir que había cazado un puerco-espín inmundado.

— ¿Y qué hay de los cristianos?, le preguntó Festo de Liguria. ¿No desearías ser un perro para morderlos?

— No, no quisiera ser tu hermano.

— ¡Qué hermosa nariz griega!

— ¡Qué hermoso asno de la Liguria!

Y en este tono seguían burlas y respuestas. Él se defendía mordazmente, provocando unánimes carcajadas. César aplaudía, exclamando: «¡Adelante!» y animaba así aquellos duelos de palabras.

Por último se levantó Petronio, y tocando á Quilón con la punta de su bastoncito de marfil, le dijo fríamente:

— ¡Todo va bien, sabio ilustre! Sólo en un punto no estamos de acuerdo: los dioses te crearon en clase de simple ladrón y tú te has hecho un demonio. Por esto no puedes soportar la vista de semejante espectáculo.

El griego le miró con sus ojos enrojecidos, sin encontrar respuesta que darle. Después de una pausa dijo premiosamente:

— La sostendré.

Las trompas anunciaron el fin del descanso. Los espectadores volvieron á ocupar sus puestos, no sin haber sobrevenido antes algunas reyertas por el empeño de algunos en arrebatar á otros los puestos que habían ocupado y que á juicio de aquellos eran los más cómodos. Se calmaron los ánimos por fin, y todos fijaron su atención en la arena, esperando con ansia la segunda parte del espectáculo. Gran número de mozos del Circo estaba ocupado aún en borrar todas las huellas de la sangre derramada en las luchas de los gladiadores.

Les había llegado el turno á los cristianos. Nadie sabía la actitud con que se presentarían, y por esto les esperaban con curiosidad, pero no con benevolencia. Los cristianos habían incendiado Roma, habían bebido la sangre de los niños asesinados y envenenado los manantiales; habían maldecido al género humano y realizado acciones abominables. El castigo más duro no bastaba á calmar todo el odio que contra ellos manifestaba el pueblo, y si un solo temor asaltaba el ánimo de los espectadores, era el de que fuese demasiado benigna la expiación, comparada con los pecados cometidos.

Los rayos del sol del mediodía penetraban rojizos á través del purpúreo velario. El Anfiteatro parecía de fuego: algo terrible se pintaba en los rostros de los espectadores y sobre el ruedo desierto, donde muy pronto habían de resonar los gritos desgarradores de los mártires y los rugidos salvajes de las fieras. La muerte y el terror flotaban en la atmósfera. La multitud, como de costumbre, despreocupada y tumultuosa, había adoptado una actitud amenazadora.

El prefecto dió la señal. El mismo Caronte que había invitado á morir á los gladiadores, se aproximó á la puerta, dando los tres golpes reglamentarios.

En el circo se produjo un fuerte murmullo.

— ¡Los cristianos, los cristianos!

Se oyó cómo rechinaban sobre sus goznes los cancelos de hierro, y los azuzadores dieron su grito habitual: «¡A la arena!» Pocos minutos bastaron para que el circo quedase convertido en un hormiguero de seres extraños, envueltos en pieles de animales y que más parecían sátiros que criaturas humanas. Con paso rápido y ansia casi febril se dirigían al centro, y allí se arrodillaban uno junto á otro, orando con los brazos en alto. El público, creyendo que imploraban piedad, empezó á indignarse y patear en vista de tanta avilantez y se arrojaron contra aquellos desgraciados los huesos roídos, pedazos de copas..., mientras se prorrumpía en gritos de «¡las fieras, las fieras!» en un delirio de furor.

Pero de pronto cesó aquella explosión de ira. Del numeroso grupo de víctimas se elevaron nutridas voces y por primera vez resonó en un anfiteatro romano el himno: *Christus regnat!*

La muchedumbre escuchó atónita. Los condenados tenían los ojos en alto, hacia el velario, mostrando sus rostros pálidos, pero inspirados. Viéndoles, era fácil comprender que no pensaban en pedir clemencia, ni mucho menos, y que para ellos el Circo, el público, el Senado, el mismo César, no existían. Y en tanto el *Christus regnat!* resonaba cada vez más fuerte y más enérgico. Todos se preguntaban á sí mismos: «¿Qué ocurre? ¿Quién es ese Cristo que reina, según cantan esos desgraciados?» No tardó en abrirse otro cancel y jaurías enteras de perros se precipitaron en la arena ladrando furiosamente; magníficos dogos amarillos, perros del Pirineo y perros ibernes, parecidos á lobos, todos rabiosos de hambre. Terminado su himno, los cristianos permanecieron inmóviles, como petrificados, repitiendo incesantemente: *Pro Christo! Pro Christo!*

Los perros olieron la carne humana que envolvían aquellas vellosas pieles de animales, y sorprendidos por el silencio de las víctimas, no se atrevieron á lanzarse inmediatamente sobre ellas; algunos se pusieron á rascarse contra el muro, otros á recorrer la arena ladrando, como persiguiendo á un animal invisible. El público comenzó á impacientarse; miles de voces se entretenían en rugir como fieras ó en ladrar como perros. El Circo temblaba ante el infernal ruido que promovía el público. Los perros, excitados, intentaron arrojarse sobre los devotos arrodillados, pero retrocedieron haciendo rechinar los dientes, hasta que uno de los dogos se decidió á morder la espalda de una mujer. Todos los demás siguieron entonces el ejemplo, y cesó el ruido, fijándose todas las miradas en aquel espectáculo nuevo. Sólo las palabras *Pro Christo!* resonaban incesantemente, mientras los pobres cuerpos destrozados caían rodando por la arena ensangrentada. Los perros se arrancaban de la boca los miembros goteando sangre. El olor de los cuerpos desgarrados había disipado el de los perfumes árabes quemados poco antes, llenando con sus emanaciones toda la atmósfera.

En poco tiempo no quedaron de rodillas en la arena más que unas cuantas figuras, hasta que acabaron por formar una sola masa con las bestias que se entretenían en lamer toda la sangre derramada.

Cuando los cristianos entraron en la arena, Vinicio se levantó, dirigiéndose adonde estaba Pedro entre la gente de Petronio. Después volvió á sentarse, contemplando con mirada extraviada el repugnante espectáculo. ¡Quizás se había engañado el cantero y Licia se hallaba entre aquellos infelices! Este pensamiento amenazaba enloquecerle. Pero cuando oyó que las víctimas invocaban el nombre de Cristo en el momento de su muerte, confirmando su fe, su desesperación cedió el paso á otro pensamiento terrible. El mismo Cristo murió entre tormentos, milla-

res de personas afrontaban voluntariamente la muerte por su amor, aquel mar de sangre había afirmado la fe en Él, y así nada podía significar una gota más ó menos, así era un pecado sólo pedir misericordia. Esta idea llegaba á él desde la arena, al tiempo que veía desplomarse las víctimas y percibía el olor de la sangre humeante. Los labios descoloridos repitieron: «¡Oh Cristo, Cristo! ¡Tu apóstol te rogó por ella!» Y empezó á borrarse en él toda noción de las cosas; todo giraba vertiginosamente ante sus ojos. Le parecía ver que la sangre de la arena se levantaba lentamente hasta rebasar los muros del Circo, inundando luego toda Roma. Y ya no vio más, ni oyó los aullidos de los animales, ni los gritos de la multitud excitada, ni las voces de los augustianos que en aquellos momentos exclamaban: «¡Quilón se ha desmayado!»

Y en efecto, Quilón había perdido el sentido. Estaba tendido sobre su asiento, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta, como un muerto.

En tanto habían salido á la arena nuevos mártires. Como los anteriores, también éstos se arrodillaron; pero los perros, cansados y ahitos, no se cuidaron de ellos. Unos cuantos se lanzaron contra los cristianos más próximos; los otros se tendieron plácidamente, bostezando y rascándose los costados.

Entonces el pueblo, sediento de sangre, empezó á gritar: «¡Los leones, los leones! ¡Salgan los leones!» Estas fieras estaban reservadas para el día siguiente, pero en el Anfiteatro el pueblo era el soberano é imponía su voluntad hasta al mismo César. Unicamente Calígula, testarudo y caprichoso, se había atrevido á oponerse á su voluntad, haciendo fustigar á los rebeldes; pero más de una vez había tenido que ceder. Nerón, á quien más que nada halagaba el favor popular, nunca se oponía á nada, y menos entonces que se trataba de calmar al pueblo excitado por el incendio y de echar toda la culpa sobre los cristianos.

Hizo una seña para que se abriese el *cuniculum*, calmándose de este modo en un instante la agitación del público. Las puertas tras las cuales se ocultaban los reyes del desierto se abrieron de par en par. Al ver los leones, los perros, lanzando un ronco aullido, se retiraron al extremo opuesto de la arena. Uno tras otro los leones dejaron el *cuniculum*, luciendo majestuosamente la espesa melena. César no se cansaba de mirarlos á través de su esmeralda, para no perder un detalle del espectáculo. Los cortesanos saludaron con júbilo á los nobles animales; el pueblo los contaba con los dedos, esperando la impresión que produciría en los cristianos la presencia de sus nuevos enemigos. Las víctimas, arrodilladas en medio de la arena, no cesaban de repetir aquellas palabras, incomprensibles para los espectadores: *Pro Christo, Pro Christo!*

Pero los leones, aunque hambrientos, no se lanzaron en seguida contra los cristianos. La luz roja del Anfiteatro les deslumbraba. Algunos se tendían perezosamente, otros bostezaban, como dando á entender que querían antes mostrar sus famosos colmillos. Sin embargo, el olor de la sangre y de los cuerpos destrozados no dejó de producir su efecto y empezaron á husmear en torno voluptuosamente. Uno se arrojó sobre una mujer ya desgarrada y se puso á lamer la sangre de sus heridas; otro se abalanzó sobre un hombre que tenía un niño en brazos, y la infeliz criatura se agarró al cuello de su padre, gritando desesperadamente. Éste, para alargar aunque fuese un minuto la vida de su hijo, intentó desasirse de él y entregárselo á un compañero. Pero los gritos excitaron al león, que lanzó un terrible rugido y mató al niño de un zarpazo. Después, cogiendo entre las fauces la cabeza del padre, la convirtió en un minuto en masa deforme y repulsiva.

Aquí empezaron su obra los leones restantes. Algunas mujeres gritaban, oprimidas por el dolor, pero los aplausos del público ahogaban aquellos lamentos. El

cuadro era horrible: las cabezas desaparecían hasta el cuello en las fauces abiertas, los zarpazos desgarraban los pechos; corazones y pulmones caían sobre la arena, los huesos crujían entre los dientes de las fieras, algunas de las cuales agarraban su presa por los costados ó por los ijares y escapaban, como buscando un rincón obscuro donde poder devorarla. Otras, levantándose sobre las patas traseras, luchaban entre sí, atronando el circo con sus tremendos rugidos. Algunos espectadores se pusieron en pie para ver mejor y otros abandonaron sus puestos. El tumulto en aquellos momentos causaba impresión. Podía decirse que la gente, excitada, acabaría por descender á la arena para ayudar á las bestias en la sangrienta misión que la perversidad de los hombres les había confiado. Alternaban, se sucedían sin parar los gritos de júbilo, aullidos salvajes, rugidos, el restallar de dientes de las fieras, los ladridos de los perros, los lamentos de las víctimas. César, con su esmeralda, fijaba atentamente la mirada en aquella carnicería. En el rostro de Petronio se leía la náusea y el desprecio. Quilón fué retirado del palco.

Nuevas víctimas se agregaban á las devoradas.

En la parte más alta del Anfiteatro se hallaba el apóstol Pedro. Nadie había notado su presencia, porque no se tenían ojos más que para el espectáculo. Como bendijo un día en la viña de Cornelio á los que debían ser presos al poco tiempo así bendecía en el Circo con la señal de la cruz á todos los mártires que morían. Bendecía la sangre, los tormentos, los pobres cuerpos deformados, el alma que levantaba su vuelo desde la tierra. Muchos de ellos le miraban con sonrisa beatífica, al recibir la bendición. El apóstol, con el corazón oprimido, rogó á Dios en secreto de esta manera: «¡Oh Señor, hágase tu voluntad! Estas ovejas mías mueren por ti, por amor á la verdad. Tú me ordenaste guardarlas y yo te las devuelvo. Cuéntalas, acógelas, sana sus heridas, mitiga sus sufrimientos, concédeles una felicidad superior á los martirios que han soportado.» Y bendijo á todos con gran amor, como si hubiesen sido sus hijos, que entregaba al Creador.

César en tanto, deseoso de dar al espectáculo extraordinarias proporciones, superando á cuanto se había visto en Roma, susurró algunas palabras al oído del prefecto. Éste abandonó el podio, dirigiéndose al *cuniculum*. Y el pueblo quedó sorprendido cuando, después de algunos minutos, se abrieron de nuevo las puertas para dar salida á animales de toda especie, como tigres del Eufrates, panteras de la Numidia, osos, lobos, hienas y chacales. Sobre la arena parecía extenderse una riquísima colección de pieles, pues las había de varios colores, relucientes, oscuras y amarillentas. Perdiendo la apariencia de realidad, el espectáculo semejava una orgía sangrienta, un sueño terrorífico, un gigantesco calidoscopio con las más espantosas imágenes. Aquello rebasaba toda medida. Entre los aullidos y rugidos de las fieras y los gemidos de las víctimas se oía aquí y allá la risa convulsa de las matronas, cuyas fuerzas no podían ya resistir ante aquel horrendo, interminable espectáculo. La muchedumbre se estremecía, los rostros se anublaban, se gritaba desde todas partes: «¡Basta, basta!»

Pero si fácil había sido hacer salir las fieras, no lo era tanto hacerlas entrar. César propuso un medio rápido para limpiar el ruedo y al mismo tiempo proporcionar al pueblo un espectáculo novísimo. En las canales, entre varias gradas, aparecieron robustos númidas, verdaderas estatuas de ébano, con el arco al brazo. Se aproximaron al parapeto, y apuntando las flechas las dispararon contra los animales. Cada golpe certero era aplaudido con entusiasmo por el pueblo, para el cual era, en efecto, una novedad este género de diversión. Los bellísimos cuerpos de los númidas, que parecían esculpidos en mármol negro, se replegaban hacia atrás, cuando, tendido el arco, las flechas seguían á las flechas. Su silbido se confundía con los aulli-

dos de las fieras y los gritos de júbilo del pueblo. Los lobos, los osos, las panteras y los cristianos aún vivos caían uno tras otro sobre la arena. De cuando en cuando se veía á un león herido intentando arrancarse la flecha con los dientes, ó por lo menos romperla; otros rugían de dolor. Los animales pequeños, llenos de espanto, corrían á la desesperada alrededor del Circo ó se estrellaban la cabeza contra las rejas. Y en tanto las flechas seguían atravesando el aire hasta que no quedó una existencia que no se estuviese apagando entre los espasmos de la muerte.

Terminada la horrible matanza, los esclavos, provistos de escobas, azadas, palas, carretones, cestas para recoger las vísceras esparcidas y sacos de arena para igualar el terreno, invadieron aquel teatro de tantos horrores y se entregaron á sus respectivas ocupaciones. Pronto quedó el piso libre de cadáveres, de sangre y de inmundicias, y una vez limpio, se vertió sobre él un nuevo cargamento de arena. Entonces entraron en funciones los Cupidos, que esparcieron hojas de rosa, lirios y toda clase de flores.

Se quemaron nuevos perfumes mientras se corría el *velarium*, pues el sol iba declinando. Maravillados los espectadores, se preguntaban unos á otros qué nueva diversión daría fin á la jornada. Les sorprendió un espectáculo inesperado. César, que poco antes había desaparecido de su podio, se presentó de pronto en medio de la arena, alfombrada de flores, envuelto en el manto de púrpura y ceñida la cabeza con la corona de oro.

Le seguían doce coristas con las cítaras. Él también llevaba un laúd de plata, y avanzando con paso lento y solemne, se inclinó repetidas veces ante los espectadores, y después alzó los ojos como aguardando una inspiración.

Por último, pulsando las cuerdas del instrumento, comenzó:

«¡Oh radiante hijo de Leto,
dominador de Tenedos, de Quio y de Criso!
¿Pudiste alguna vez, protector de Ilio,
abandonar la sagrada ciudad
á la ira de los Argivos?
¿Pudiste permitir que los sagrados altares,
en los que nunca se apaga el fuego,
fuesen profanados por sangre troyana?»

»¡Manos trémulas y descarnadas se levantan á ti,
que poderoso flechas el arco de plata!
¡Madres angustiadas y suplicantes
imploran de ti misericordia
y piedad para sus hijos!
¡Hasta una roca se hubiera conmovido!
¡Pero tú, oh Esminteo,
permaneciste insensible como el frío mármol!»

Aquí el canto se trocó en una dolorosa elegía de tonos lastimeros. Después de breve pausa, César, profundamente conmovido, continuó:

«Con el sonido de tu celeste cítara
acallaste tu dolor
y los sollozos del corazón oprimido.
El acento triste de esta canción
nos llena hoy los ojos de lágrimas,
así como las flores se llenan de rocío.
¿Pero quién despierta en medio de las ruinas
del día cruel de la destrucción?
¿Qué hacías tú aquel día, oh Esminteo?»

Su voz temblaba y sus ojos se humedecieron; lloraban las vestales; el pueblo escuchaba silencioso, prorrumpiendo después en un aplauso fragoroso, entusiástico.

Del exterior del Circo llegaba allí el ruido de las ruedas de los carros sobre los cuales se trasladaba á los *puticoli* los restos ensangrentados de los mártires cristianos.

Pedro el apóstol, apoyando su blanca cabeza sobre sus manos trémulas, exclamó para sí, mirando al cielo:

— ¡Oh Señor, Señor! ¿A quién confiaste el dominio de la tierra? ¿Por qué quieres fundar aquí tu sede principal?

El sol llegaba ya á su ocaso cuando terminó el espectáculo. La gente se agolpaba á las salidas del Anfiteatro, dispersándose luego en todas direcciones. Sólo permaneció en el Circo el séquito de César, esperando que la muchedumbre hubiese despejado el local; abandonando sus puestos, todos los cortesanos se reunieron en torno al podio, en el que había reaparecido el emperador, para oír los elogios de aquéllos. No le bastaba el aplauso que le habían tributado los espectadores al final del canto; exigía de su público un entusiasmo delirante. En vano resonaban en sus oídos los himnos de alabanza, en vano las vestales le besaban la mano divina. Nerón no estaba del todo satisfecho y no ocultaba su decepción. El silencio de Petronio le causaba turbación y asombro. Unas cuantas frases halagadoras, salidas de labios del culto cortesano, hubieran sido para él en aquella ocasión un inmenso consuelo. No pudiendo contenerse, hizo una seña al *arbiter*.

— ¡Habla!, le dijo.

— Callo, señor, respondió fríamente Petronio, porque no encuentro palabras; te has superado á ti mismo.

— ¡Esto mismo me ha parecido á mí! Pero ese pueblo...

— ¿Esperabas acaso un juicio sereno y digno por parte de la plebe?

— ¿También has comprendido que no se me ha festejado como merezco?

— Has escogido quizás un momento poco favorable.

— ¿Qué quieres decir?

— Cuando el espíritu humano está preocupado con tantas y tantas escenas sangrientas, no puede prestar atención á otra cosa.

— ¡Ah! ¡Esos cristianos!., respondió Nerón apretando los puños; no contentos con haber incendiado Roma, ahora me perjudican de ese modo... ¿Qué otra pena puedo crear para ellos?

Petronio comprendió que había errado el camino, obteniendo con sus palabras efecto completamente contrario al que se proponía alcanzar; por este motivo, queriendo desviar el pensamiento de Nerón, murmuró á su oído:

— Tu canto es admirable; pero he de permitirme una observación; en el cuarto verso de la tercera estrofa el metro deja algo que desear.

Nerón enrojeció de vergüenza, como cogido en flagrante delito, y respondió mirando en torno á sí con cierto temor:

— No se te escapa nada. Lo sé y lo corregiré, aunque presumo que nadie más lo habrá notado. Y tú ten cuidado, por amor de todos los dioses, de no mencionarlo, si estimas en algo tu vida.

Petronio no pudo refrenar la ira y contestó con dignidad:

— Condéname á muerte, divino, si te engaño; pero no lograrás infundirme pavor. ¡Los dioses saben si temo yo la muerte!